



Miguel León-Portilla
"Introducción"
p. 13-30

Trece poetas del mundo azteca
Miguel León-Portilla (selección, versión,
introducción y notas explicativas)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
(Serie Cultura Náhuatl. Monografías 11)

Primera edición impresa UNAM: 1967

Primera edición impresa UNAM con ISBN: 2019

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2021

ISBN de PDF: 978-607-30-4431-8

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

© 2021: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

INTRODUCCIÓN

¿Quiénes fueron, cómo se llamaron, en qué forma vivieron los principales poetas, sabios y artistas del México antiguo? ¿Hay alguna manera de relacionar las obras que conocemos, sobre todo las literarias, con “los rostros y corazones” de quienes en el mundo prehispánico supieron forjarlas? ¿O habrá que limitarse a decir que, a excepción del celeberrimo Nezahualcóyotl y de otros pocos poetas, la mayor parte de los textos deben atribuirse a antiguas escuelas de sacerdotes y sabios, responsables anónimos de esas creaciones?

Nuestro propósito en este trabajo es responder al menos parcialmente a las preguntas anteriores. Ya el título de este libro, *Trece poetas del mundo azteca*, pretende señalar que, a pesar de oscuridades y limitaciones en la investigación, es posible atribuir por lo menos algunos cantares y poemas a autores determinados “que tuvieron carne y color”, cuyas biografías conocemos. Si como en otras culturas de la antigüedad hubo también, en nuestro caso, muchas producciones artísticas en cuya elaboración participaron grupos de personas de nombre desconocido, sería falso concluir por ello que todo cuanto se hizo y pensó deba ser tenido por anónimo.

Numerosos son los personajes, principalmente gobernantes, sacerdotes y guerreros del mundo indígena, cuyos nombres y biografías han llegado hasta nosotros. Buena prueba de esto nos la da el *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, preparado bajo la dirección de don Rafael García Granados, en el que, con base principalmente en el testimonio de cronistas e historiadores del siglo XVI, se reúne información copiosa acerca de casi cuatro mil figuras prominentes del México prehispánico.¹ Por otra parte, en los mismos manuscritos en los que se

¹ Rafael García Granados, *Diccionario biográfico de historia antigua de Méjico*, 3 t., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1952-1953.

conservan las antiguas composiciones en lengua náhuatl se indica también algunas veces de manera formal y expresa a quién han de atribuirse determinados textos. Obviamente era necesario esclarecer en las fuentes si eran válidas o no esas atribuciones, y en caso de serlo, investigar luego cuál fue la vida y actuación de los autores mencionados. Ésta ha sido la labor que hemos llevado a cabo respecto de trece de los más famosos poetas que vivieron entre los siglos XIV y XVI en el ámbito del mundo azteca.

Podría alguien preguntarse por qué, habiendo testimonios e información, hasta ahora no se había acometido esta empresa o sólo se había ensayado en forma limitada.² Para dar una respuesta es necesario recordar al menos brevemente la trayectoria y las vicisitudes por las que han tenido que pasar los estudios e investigaciones acerca de la literatura náhuatl prehispánica.

El redescubrimiento de la literatura náhuatl

Aunque casi parezca increíble, el empeño de dar a conocer las creaciones literarias de los antiguos mexicanos data sólo de aproximadamente un siglo. Mucho antes, durante las primeras décadas de Nueva España, frailes humanistas y sabios indígenas sobrevivientes habían salvado de la destrucción y el olvido cuanto les fue posible de lo que llamamos “el antiguo legado”. En las centurias siguientes hombres como Sigüenza y Góngora, Boturini y Clavijero redescubrieron y, al menos en parte, estudiaron algunos de los viejos textos, pero por circunstancias adversas no lograron darlos a conocer en su forma original ni menos aún publicar traducción alguna de ellos. Sólo bien entrado el siglo XIX,

² En el segundo volumen de *Historia de la literatura náhuatl* (México, Porrúa, 1954, p. 373-390), el doctor Garibay hace referencia a algunos de los poetas citados en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de México y ofrece sumaria información que, como él mismo lo dice, “será de utilidad para los futuros investigadores”. Igualmente, en *Poesía náhuatl. Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar. Tezcoco, 1582*, paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Ángel M. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964, p. 229-239 (Cultura Náhuatl. Fuentes, 4), ofrece el mismo autor numerosas referencias acerca de los principales poetas cuyos nombres se mencionan en los textos del manuscrito que se encuentra en la Benson Latin-American Collection de la Universidad de Texas.

y en un ambiente más propicio, comenzó a ser realidad lo que antes había sido proyecto o deseo. Así puede explicarse por qué el estudio y la nueva presentación de la literatura náhuatl se inició hace relativamente tan poco tiempo.

Punto de partida del moderno interés parece haber sido un hallazgo de don José María Vigil, al hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional de México en 1880. Fortuna suya fue encontrar “entre muchos libros viejos amontonados”, como él mismo lo escribe, el códice o manuscrito que se conoce como Colección de *Cantares mexicanos*.³

Es cierto que ya había algunos pocos estudios acerca de otros códices indígenas de tema histórico y mitológico redactados con glifos principalmente pictográficos e ideográficos, pero hasta entonces habían quedado olvidadas las recopilaciones de textos con poemas prehispánicos como los que se contenían en el recién descubierto manuscrito. Otros documentos con transcripciones de poemas, discursos, narraciones e historias en lengua náhuatl, conservados en bibliotecas y archivos principalmente de Europa, iban a atraer bien pronto la atención de los estudiosos. Tomaron éstos nueva conciencia del valor de esos textos gracias sobre todo al redescubrimiento del manuscrito de la Biblioteca Nacional de México.

Mérito fue del americanista Daniel G. Brinton publicar por vez primera una obra en inglés en la que incluyó una selección de la Colección de *Cantares mexicanos*, a la que dio el título de *Ancient Nahuatl Poetry*.⁴ Contó en la preparación de este trabajo con el auxilio de don Faustino Galicia Chimalpopoca, quien preparó para él una versión

³ La historia de este descubrimiento nos la da el doctor Peñafiel en el prólogo a su edición facsimilar del manuscrito *Cantares mexicanos* que se encuentra en la Biblioteca Nacional de México, véase *Cantares en idioma mexicano, reproducción facsimiliaria del manuscrito original existente en la Biblioteca Nacional que se imprime bajo la dirección del Dr. Antonio Peñafiel*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría del Fomento, 1904. Como el mismo Peñafiel lo señala, ya desde 1859 don Fernando Ramírez había hecho sacar una copia de este manuscrito cuando aún se conservaba en la Biblioteca de la Universidad de México, misma que más tarde pasó a la Nacional. La copia de Ramírez fue vendida junto con su biblioteca. En realidad, se debe al redescubrimiento de Vigil el interés que comenzó a despertarse por el estudio de los poemas y cantares incluidos en esta colección.

⁴ Daniel Garrison Brinton, *Ancient Nahuatl Poetry: Containing the Nahuatl text of XXXVII Ancient Mexican Poems*, Filadelfia, D. G. Brinton, 1887 (Brinton's Library of Aboriginal American Literature, VII). A este trabajo siguió otro suyo referente también a la literatura de los antiguos mexicanos, en el que se ofrece la versión de varios himnos sagrados procedentes del *Códice matritense del Real Palacio*. A este libro dio Brinton el curioso título de *Rig Veda Americanus. Sacred Songs of the*

parcial al castellano de los poemas. Y si es verdad que son deficientes, tanto la traducción de Chimalpopoca como la que con base en ella publicó Brinton, reconozcamos que fue éste el primer ensayo de dar a luz una muestra de la literatura del México prehispánico.

Como no pretendemos hacer aquí la historia de los estudios y trabajos que continuaron apareciendo sobre la poesía indígena, recordaremos sólo los nombres de los principales investigadores que con diversos criterios se han ocupado de las fuentes documentales en las que ésta se conserva. Incansable descubridor y compilador de textos fue don Francisco del Paso y Troncoso. De él puede decirse que, gracias a sus hallazgos y a las reproducciones de códices y documentos que alcanzó a publicar, abrió mejor que nadie este campo casi virgen para provecho de los futuros estudiosos. Entre los extranjeros hay que mencionar al menos al francés Rémi Siméon, autor del magno diccionario náhuatl-francés y asimismo traductor de algunos textos, al iniciador de este tipo de investigaciones en el ámbito alemán, doctor Eduard Seler, estudioso de buena parte de los códices matritenses y comentador del *Códice Borgia*, así como a sus seguidores Walter Lehmann, Leonhard Schultz Jena, y a los investigadores contemporáneos Gerdt Kutscher y Günter Zimmermann.

En nuestro medio, y esforzándose por superar ignaras formas de resistencia que pretendían desconocer la autenticidad de los textos pre hispánicos, no pueden dejar de citarse los nombres de Cecilio Robelo, Luis Castillo Ledón, Mariano Rojas, Rubén M. Campos y el del distinguido lingüista y filólogo Pablo González Casanova.

En fecha más cercana y destacando entre otros varios que podrían citarse, ha sido precisamente el doctor Ángel María Garibay K. quien con un criterio hondamente humanista, y a la vez científico, ha dado a conocer no poco de lo que fue la riqueza literaria del mundo náhuatl. Gracias a sus numerosas publicaciones, entre las que sobresale su *Historia de la literatura náhuatl*, es posible afirmar ahora que las creaciones de los poetas y sabios del México antiguo han despertado ya enorme interés en propios y extraños. Antes las pocas ediciones que había de textos prehispánicos sólo atraían la atención de especialistas-

Ancient Mexicans, with a Gloss of Nahuatl, Filadelfia, D. G. Brinton, 1890 (Brinton's Library of Aboriginal American Literature, VIII).

arqueólogos, etnólogos e historiadores. Hoy en día, la literatura náhuatl ha traspuesto ya los límites de un interés meramente científico y comienza a ser valorada, al lado de otras creaciones indígenas en el campo del arte, desde un punto de vista estético que busca la comprensión de las vivencias e ideas de hombres que, básicamente aislados de contacto con el Viejo Mundo, fueron también a su modo creadores extraordinarios de cultura.

En las obras de Garibay y de otros investigadores, son ya asequibles numerosas muestras de lo que fue la literatura y particularmente la poesía náhuatl. Conocemos también a través de los textos, algo de lo que fue la Verdad y aun de lo que hemos llamado pensamiento filosófico.

Los poetas y sabios del mundo náhuatl

El siguiente paso, ya urgente, dentro de esta línea de estudios era inquirir hasta donde fuera posible, acerca de “los forjadores de cantos”, a los autores de esta literatura. Ciertamente es que buena parte de ella se ha tenido y ha de tenerse por anónima, obra de las antiguas escuelas de sacerdotes y sabios. Indudablemente hay también otros textos de los que incluso sabemos el nombre de su autor, sin tener por desgracia mayor información sobre el mismo. Pero se conserva al menos un cierto caudal de composiciones respecto de las cuales es posible no sólo señalar sus autores, sino también tratar con algún detenimiento de las vidas de ellos, hasta esbozar su propio perfil espiritual dentro del momento histórico en que les tocó desenvolverse.

Rebuscando en códices y textos indígenas hemos reunido cuantos datos ayudan a pergeñar las biografías de trece principales poetas del mundo náhuatl. Sus obras, así como otras repetidas alusiones a ellos, las encontramos en las dos principales colecciones de cantares y poemas, las que se conservan en la Biblioteca Nacional de México y en la de la Universidad de Texas.⁵

⁵ El manuscrito *Cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México ha sido objeto de numerosos estudios. Sin embargo, no existe hasta el presente una versión de la totalidad de los textos en él incluidos. A partir de 1936, en varias de sus obras, el doctor Garibay ha dado a conocer buena parte de estos poemas y en el 2011 este instituto publicó una edición bilingüe, en tres

Con esta base presentamos aquí lo que hemos podido allegar sobre la vida y la obra poética de este primer grupo selecto de forjadores de cantos, cinco de ellos de la región tezcocana, cuatro de México-Tenochtitlan, tres de la zona de Puebla-Tlaxcala y uno más del antiguo señorío de Chalco. Hombres todos —a excepción de Macuilxochitzin, la poetisa hija de Tlacaélel, el gran consejero mexica del siglo XV—, vivieron en su mayoría dentro del periodo final del esplendor azteca. A pesar de diferencias locales, fueron herederos y participes de igual cultura. Los mitos cosmogónicos, las mismas creencias y prácticas religiosas, una casi idéntica organización política, social y económica dieron marco a su pensamiento e hicieron posibles sus creaciones.

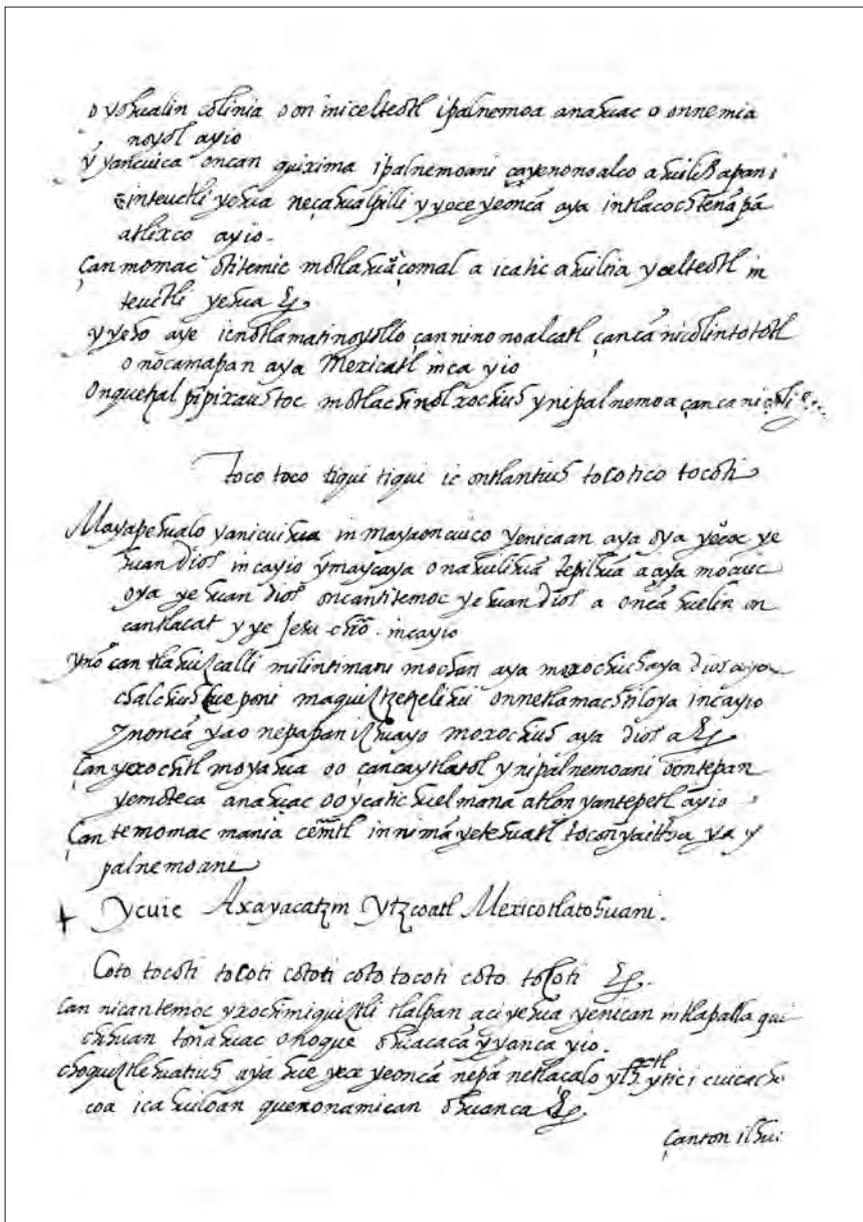
Nada tiene de extraño, por consiguiente, encontrar en su poesía temas muchas veces semejantes: “la guerra florida”, la insistencia en la idea de la muerte, el valor supremo del arte que es “flor y canto”, la amistad en la tierra, el misterio que circunda al Dador de la vida...

Mas, a pesar de los temas afines, también hay diferencias. Mucho más personal es la poesía de quien, como Tlaltecatzin, dialoga con una “alegradora” *ahuiani*, mujer de placer de los tiempos prehispánicos. Distinta por su hondura de pensamiento es la obra de Nezahualcóyotl y de otros poetas, verdaderos tlamatinime, sabios, como Tecayehuatzin, Nezahualpilli, Ayocuan y Tochihuitzin. Más sencillas y directas son las palabras de la poetisa Macuilxochitzin que se empeña por destacar en su canto la feliz intervención que puede tener una mujer aun en las más graves circunstancias. Asuntos principalmente relacionados con la guerra encontramos en los poemas del señor Axayácatl, de Xicohténcatl

tomos, de los textos completos. El doctor Leonhard Schultze Jena ha publicado la paleografía y una sumamente inexacta traducción de los textos contenidos en 57 de los 85 folios del manuscrito, véase *Alt-Azteckische Gesänge. Nach einer in der Biblioteca Nacional von Mexiko aufbewahrten Handschrift, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, aufgezeichnet in den Sprachen der Eingeborenen*, Ibero-Amerikanische Institut Preußischer Kulturbesitz, Stuttgart y Berlín, v. VI, 197.

Existen finalmente otras traducciones parciales de los poemas publicadas por otros autores, entre ellos quien esto escribe; véase *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

El manuscrito de *Cantares*, preservado en la Benson Latin-American Collection de la Universidad de Texas y conocido con el curioso título de *Romances de los señores de la Nueva España*, ha sido publicado por vez primera por Ángel M. Garibay, véase *Poesía náhuatl. Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar. Tezcoco, 1582*, paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Ángel M. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964 (Cultura Náhuatl. Fuentes, 4).



Ycuic Axayacatzin Ytzcoatl Mexicotlatohuani, “Canto de Axayactzin Itzcóatl, señor de México”, manuscrito de *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 29v

de Tlaxcala y de Chichicuepon de Chalco. Cantos tristes, más que ningunos, son los de Cuacuauhtzin y los del también desafortunado Cacamatzin. Paradójicamente el guerrero Temilotzin nos ofrece una breve y hermosa laudanza de la amistad.

Difícil sería, cuando de algunos poetas sólo se conocen una o dos composiciones, aplicar calificativos a su obra o pretender caracterizar sus tendencias e inclinaciones. Nuestro acercamiento a “los forjadores de cantos” tiene por necesidad barreras no superables, determinadas por las mismas fuentes de información, menos abundantes y explícitas de lo que sería apetecible. Así y todo, como nos esforzaremos en mostrarlo, algo es lo que con fundamento puede decirse de estos trece poetas, no ciertamente los únicos de quienes se hace memoria en los textos. Trece hemos escogido, número particularmente significativo en el pensamiento calendárico y religioso del mundo prehispánico y también evocador de superstición en el nuestro. Sea, en este caso, la bien observable superstición acerca de una supuesta carencia de datos sobre la vida y obra de los poetas del México antiguo.

Aunque en cada caso habremos de situar a “los trece” en su propio momento histórico, señalaremos al menos algo de lo que fue la herencia en la que todos participaron. Podrá comprenderse así cómo fueron postrar floración de una larga secuencia en la que había habido ya otros muchos poetas y sabios para nosotros menos conocidos, pero que también fueron dueños de “un rostro y un corazón”. El acercamiento a la antigua secuencia cultural ayudará en cierto modo a esclarecer los alcances de las lucubraciones de los sabios y poetas, y dejará ver cómo pudo llegar hasta nosotros el testimonio de su pensamiento y de sus creaciones artísticas. Recordando los remotos orígenes, podrá vislumbrarse el valor y la posible significación universal de su legado.

Remotos antecedentes de los sabios y poetas del mundo azteca

Absurdo parecía hasta hace poco parangonar con las altas culturas del Viejo Mundo a las que florecieron en el ámbito del México prehispánico. Desde el punto de vista de la historia universal, se consideraba más que suficiente tratar de ellas al hablar “de los descubrimientos y

conquistas” de fines del siglo XV y principios del XVI. Al menos implícitamente se ligaba, así, la significación del ser histórico de estas culturas con el hecho del descubrimiento. Por eso, consignada la gesta de los conquistadores con la consiguiente destrucción de las culturas, se daba por agotado el tema. En el mejor de los casos se hacía breve alusión a los ritos sangrientos y a las extrañas formas de vida de quienes parecían hacerse acreedores al epíteto de gentes primitivas o al menos semibárbaras.

Tan sólo varias décadas de investigación arqueológica y un siglo escaso de moderno acercamiento a los códices y textos han abierto el campo a una comprensión histórica más amplia y profunda. En particular, el estudio del arte y la literatura prehispánica llevaron a pensar que quizás no era ya absurdo intentar alguna forma de comparación entre estas culturas y las más antiguas del Viejo Mundo. La razón por la cual los brotes o núcleos del Cercano Oriente, del Valle del Indus y de China ocupan lugar propio en la historia y reciben el calificativo de culturas superiores se encuentra en las instituciones que allí por vez primera florecieron: extraordinaria organización social, política y religiosa, comienzos del urbanismo, invención de escritura y calendario, creaciones artísticas de grandes proporciones y nacimiento de un comercio organizado. Lo que hoy conocemos por la arqueología y los textos prehispánicos permite afirmar que, fuera de los núcleos del Viejo Mundo, es único el caso del México antiguo porque en él hubo, asimismo, en tiempos distintos y en forma independiente, creaciones básicamente paralelas.

El calendario y la escritura, al menos la ideográfica, fueron inventados en esta porción de la América Media durante el último milenio antes de Cristo. Las inscripciones procedentes de los primeros estratos de Monte Albán, en Oaxaca, así como las de varios lugares cercanos a las costas del Golfo, en el “país de los Olmecas”, son prueba de esto. Los más antiguos centros ceremoniales, como el de La Venta en la misma región olmeca, con anterioridad a la era cristiana preñan la nueva forma de urbanismo de las grandes ciudades-santuarios, Teotihuacán, Monte Albán y las muchas que pudieran recordarse del área maya, durante los tiempos del esplendor clásico, entre los siglos I-IX d. C. El florecimiento del arte olmeca con grandes esculturas en basalto,

estelas, bajorrelieves y extraordinarios trabajos en jade es, asimismo, anticipo de lo que llegaría a ser el mundo de la creación estética en el ámbito del México antiguo. Finalmente, la difusión de técnicas y estilos en apartadas regiones apunta ya a la existencia de diversas maneras de contacto, intercambio y comercio desde varios siglos antes de los comienzos de nuestra era.

Con mayor razón puede afirmarse, tratando ya de la etapa teotihuacana (siglos I a IX d. C.), que en ella se desarrollan de manera definida muchas de las instituciones que llegarían a perpetuarse hasta los tiempos aztecas. Los principios urbanistas y la arquitectura de las grandes pirámides, los recintos abiertos, los palacios, el arte de la escultura y de la pintura mural, todo ello es modelo de ulteriores manifestaciones, tanto en el periodo de los toltecas como entre los más tardíos estados de la región de los lagos, donde llegarían a ser señores los antes desconocidos aztecas.

Los mismos sistemas calendáricos, el *xiuhpohualli* o cuenta solar de 365 días y el *tonalpohualli*, medida ritual y astrológica de 260 días, fueron conocidos por los teotihuacanos, los zapotecas, las naciones del mundo maya y, posteriormente, por los mixtecas y toltecas de quienes habrían de heredarlos los otros pueblos de idioma náhuatl. Igualmente tuvieron amplia difusión los mitos cosmogónicos y, al menos, el núcleo de las creencias religiosas que hablan de dar marco a la visión del mundo y al pensamiento de los sabios y poetas de los siglos XIV a XVI.⁶

La antigua visión del mundo

Raíz de la visión del mundo de las naciones mesoamericanas fue el mito de las edades o soles cosmogónicos que han existido y concluido de manera violenta. A través de años sin número, los dioses creadores

⁶ Obviamente las afirmaciones formuladas acerca de la antigüedad de estas instituciones del México prehispánico presuponen detenido examen y estudio de los hallazgos arqueológicos y de las fuentes documentales. No siendo posible presentar aquí los testimonios allegados en apoyo de lo expuesto, nos permitimos hacer referencia al capítulo que acerca de “los posibles orígenes y evolución del pensamiento náhuatl” se preparó para la tercera edición de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, 3a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966, p. 273-309.

habían sostenido entre sí las grandes luchas cósmicas que marcaron la existencia de las edades y los soles. Cuatro eran los soles que habían surgido y acabado por obra de los dioses: las edades de tierra, aire, agua y fuego. La época actual es la del sol de movimiento, el quinto de la serie, que tuvo principio gracias a un misterioso sacrificio de los dioses, que con su sangre lo crearon y dieron vida en la tierra a los nuevos seres humanos. Pero esta edad no sólo puede también perecer, sino que lleva en sí misma el principio de la destrucción y la muerte.

El universo, simbolizado ya en la planta y distribución de las ciudades-santuarios, es como una isla inmensa dividida horizontalmente en cuatro grandes cuadrantes o rumbos. Cada cuadrante implica un enjambre de símbolos. Lo que llamamos oriente es la región de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizados por el color blanco. El norte es el cuadrante negro donde quedaron sepultados los muertos. En el poniente está la casa del sol, el país del color rojo. Finalmente, el sur es la región de las sementeras, el rumbo del color azul.

Los grandes cuerpos de pirámides truncadas y superpuestas parecen ser, asimismo, reflejo de la imagen vertical del universo. Sobre la tierra existen, en orden ascendente, trece planos distintos. Primero están los cielos que, juntándose con las aguas que rodean por todas partes al mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos por donde se mueven la luna, los astros, el sol, la estrella de la mañana y los cometas. Más arriba están los cielos de los varios colores y, por fin, la región de los dioses, el lugar de la dualidad donde mora el supremo dios, el dueño de la cercanía y la proximidad, nuestra señora y nuestro señor de la dualidad. Debajo de la tierra se encuentran los pisos inferiores, los caminos que deben cruzar los que mueren hasta llegar a lo más profundo, donde está el *Mictlan*, la región de los muertos, el sitio tenebroso acerca del cual tantas preguntas llegarán a plantearse los poetas y sabios de los tiempos aztecas.

La visión del mundo, las doctrinas religiosas, la ciencia del calendario podían preservarse y transmitirse por los dos medios clásicos inventados en las viejas culturas: la tradición oral sistemática y la representación a base de glifos. Ya en Teotihuacán encontramos muchas de las formas de inscripción que después serán patrimonio de otras naciones

del altiplano. Entre otros se hallan los glifos calendáricos, los que representan el movimiento, el *ollin*, símbolo de la edad presente; el agua y el fuego, *atl tlachinolli*, evocación de la guerra; flor y canto, apuntamiento de la creación artística; los emblemas de Tláloc, el dios de la lluvia, cuyo paraíso, el *Tlalocan*, quedó en forma plástica en uno de los palacios de la ciudad de los dioses, y finalmente los símbolos de Quetzalcóatl, sabiduría de la divinidad que, sobre todo a partir de los tiempos toltecas, habría de alcanzar extraordinaria difusión en la América Media. Los antiguos textos hablan ya de la presencia de sabios y sacerdotes, custodios de la tradición y poseedores de las tintas negra y roja con las que escribían en sus libros de pinturas. En las escuelas, al lado de los templos, quizás también en los palacios, los mitos y las doctrinas, el saber acerca de los astros y el arte de medir el tiempo, podían comunicarse a las nuevas generaciones. Combinando la tradición oral con la técnica de las inscripciones se tuvo, desde entonces, el medio para salvaguardar no sólo el recuerdo sino la continuidad de una cultura.

*La postrer manifestación del pensamiento náhuatl
a través de la poesía*

Tardíos participantes en el proceso de creación cultural del México antiguo, fueron los aztecas y otras naciones de igual lengua, entre ellos los tezcocanos y tlaxcaltecas. Su primera presencia en la región de los lagos data, probablemente, de los años que siguieron al ocaso de Tula. Pero los recién llegados al escenario de las altas culturas, con sorprendente capacidad de adaptación y voluntad de predominio, manifiesta sobre todo en los aztecas, bien pronto habrían de desempeñar importante papel en el antiguo proceso creador. Tras asimilar los sistemas de organización, patrimonio de los toltecas, hicieron posibles nuevas formas de florecimiento, integrando sus propios mitos y tradiciones con las ideas y doctrinas de las naciones que habían creado las ciudades santuarios y habían sido dueñas de la escritura y el calendario desde tiempos remotos.

En realidad, no todos los recién venidos tuvieron igual trayectoria. Los tezcocanos, descendientes de los grupos que capitaneaba el célebre

chichimeca Xólotl, lograron asentarse en la que llegaría a ser su metrópoli desde los comienzos del siglo XIII. Muy pronto sus gobernantes iniciaron lo que hoy llamaríamos “procesos de aculturación dirigida”, haciendo venir sabios y maestros de diversas regiones para aprender de ellos la forma de establecer las ciudades, y ser instruidos en las antiguas doctrinas, las artes y la escritura. Gracias a esto, Tezcoco llegaría a ser nuevo y extraordinario foco de cultura. Algunos de sus hijos más ilustres, ahondando en los conocimientos recibidos, llegarían a destacar como sabios, arquitectos y poetas famosos. Las figuras de Nezahualcóyotl, de Cuacuauhtzin, de Nezahualpilli y de otros como el famoso edificador de palacios, Xilomantzin, de quien habla el historiador Ixtlilxóchitl, habrían de imprimir un carácter definido a su pueblo.⁷ A pesar de la que llegaría a ser prepotente influencia de los vecinos aztecas, lo mejor de Tezcoco pudo enraizarse en una tradición espiritualista, estrechamente ligada con el recuerdo de Quetzalcóatl. Consecuencia de ello fueron sus creaciones en el arte, y la postura de sus sabios, seguidores del pensamiento de “flor y canto”, empeñados en elucidar los problemas del hombre en la tierra, la posibilidad de decir palabras verdaderas y encontrar la forma de acercarse al misterio de *Tloque Nahuaque*, el que es “como la noche y el viento”.

Distinto fue el sino de los aztecas. Siendo los últimos en aparecer por la región de los lagos, más que nadie tuvieron que sufrir persecuciones de parte de quienes ya estaban allí establecidos. Pero la nación azteca, que encontraba en su dios Huitzilopochtli la raíz de su fuerza, superó dificultades, una tras otra. Contrariando a los culhuacanos y asimismo penetrando en los dominios tecpanecas de Azcapotzalco, lograron establecerse en el islote de Tenochtitlan, el lugar que les había destinado su dios. Cuando en 1325 se adueñaron al fin de la isla, quedó confirmado para ellos el poder de Huitzilopochtli por el cumplimiento de la promesa que hablaba del águila devorando la serpiente. Los contactos que habían tenido los aztecas con los pueblos poseedores de cultura superior, sobre todo con los culhuacanos, herederos de los

⁷ Acerca de Xilomantzin, quien aunque de origen culhuacano vivió en Tezcoco, así como de otro arquitecto que colaboró con Nezahualcóyotl en la construcción de sus palacios, proporciona alguna noticia Fernando de Alva Ixtlilxóchitl; véase *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 174.

toltecas, les habían permitido asimilar no poco de la vieja herencia. Buen cuidado tuvieron, establecidos ya en la isla, de elegir por supremo gobernante un hombre de estirpe tolteca, el señor Acamapichtli. Cerca de un siglo después alcanzaron al fin plena independencia, al vencer, hacia 1429, a los antiguos dominadores de Azcapotzalco.

La voluntad azteca de poder se manifestó entonces con toda su fuerza. Como Tezcoco se había encaminado por el mundo de la “flor y el canto”, gracias a sus poetas y sabios, los aztecas guiados por jefes decididos y audaces como Itzcóatl, Motecuhzoma Ilhuicamina y, sobre todo, por el gran consejero Tlacaélel, iban a convertirse en el pueblo del sol, dispuestos a extender sus dominios más allá de lo que pudiera preverse.

En Tenochtitlan la antigua visión del mundo adquirió un nuevo sentido. La edad presente, quinta de la serie de soles que habían existido, estaba en peligro de terminar también por un cataclismo. El pueblo del sol se arrogó entonces la misión de impedir este trágico fin. Si los dioses habían vuelto a crear a los hombres con la sangre de su sacrificio, ofreciendo a su vez los humanos el líquido precioso de su propia sangre, podrían fortalecer la vida del sol y mantener así la existencia de esta quinta edad de movimiento.

Para llevar a cabo esta empresa de colaboradores cósmicos de Huitzilopochtli, identificado ya con el sol, los aztecas —siguiendo el consejo de Tlacaélel— dieron nuevos alcances al antiguo rito de los sacrificios humanos. Sus ejércitos iban a ser los encargados de obtener víctimas por medio de las guerras floridas, concertadas periódicamente con los estados vecinos. En particular, la nación tlaxcalteca habría de verse afectada por los designios del cada vez más poderoso pueblo del sol. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que, si los guerreros y los comerciantes de Tenochtitlan marchaban en pos de la adquisición de riquezas y a la conquista de pueblos, muchos de sus poetas hicieran de la guerra tema principal de sus cantos.

Éste fue, descrito a grandes rasgos, el ambiente en el que prosperó la última versión del arte y del pensamiento prehispánicos. Los nuevos pueblos habían asimilado la herencia milenaria, pero al hacerla suya, le habían impreso sentidos distintos. Así puede explicarse la aparición de doctrinas, lucubraciones y poemas que muchas veces parecen y son

antagónicos. Los sabios y poetas hablan un mismo lenguaje, se valen de metáforas muchas veces idénticas, pero expresan con frecuencia formas de pensamiento que responden a preocupaciones distintas.

La mención del dador de la vida, de las flores y cascabeles, del corazón de los príncipes y la muerte se dejan oír en no pocos poemas del pueblo del sol, unidos al tema de la guerra en la llanura, y al del combate donde se hacen cautivos y se somete a las naciones vecinas.

Hacen estrépito los cascabeles,
el polvo se alza cual si fuera humo:
recibe deleite el Dador de la vida.
Las flores del escudo abren sus corolas,
se extiende la gloria,
se enlaza en la tierra.
¡Hay muerte aquí entre flores,
en medio de la llanura!
Junto a la guerra,
al dar principio la guerra,
en medio de la llanura,
el polvo se alza cual si fuera humo,
se enreda y da vueltas,
con sartaes floridos de muerte.
¡Oh príncipes chichimecas!
¡No temas corazón mío!
en medio de la llanura,
mi corazón quiere
la muerte a filo de obsidiana.
Sólo esto quiere mi corazón:
la muerte en la guerra.⁸

Alusiones en apariencia semejantes a las flores, al corazón y a la muerte, pero con sentido en realidad diferente, relacionadas esta vez con la búsqueda de una respuesta al enigma del hombre en la tierra, las hallamos en textos y poemas de la región tezcocana como éste atribuido a Nezahualcóyotl:

⁸ *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 9r.

Sólo como a una flor nos estimas,
así nos vamos marchitando, tus amigos.
Como a una esmeralda,
tú nos haces pedazos.
Como a una pintura,
tú así nos borras.
Todos se marchan a la región de los muertos,
al lugar común de perdernos.
¿Qué somos para ti, oh Dios?
Así vivimos.
Así, en el lugar de nuestra pérdida,
así nos vamos perdiendo.
Nosotros los hombres,
¿a dónde tendremos que ir [...]?

Hay un brotar de piedras preciosas,
hay un florecer de plumas de quetzal,
¿son acaso tu corazón, Dador de la vida?
Nadie dice, estando a tu lado,
que viva en la indigencia.⁹

Y refiriéndonos de nuevo a los autores mismos, es natural que sobre todo nos sean conocidas las composiciones de los personajes más célebres, principalmente de quienes alcanzaron el rango de gobernantes supremos o al menos estuvieron en estrecha relación con ellos. Sus palabras, por la importancia de las personas, se conservaron con mayor empeño y cuidado. Hay otros muchos textos anónimos, algunos de los cuales han de atribuirse sin duda a sabios y poetas que no llegaron a ocupar elevada posición ni social ni política. En general puede afirmarse que el origen mismo de los poetas, su vinculación a Tenochtitlan, a Tezcoco, a Tlaxcala, obviamente influyó en el sesgo que habrían de dar a su pensamiento. Aunque hubo en esto excepciones —como en el caso de Tochihuitzin, oriundo de Tenochtitlan, que prefirió el camino de la meditación casi filosófica al de las exaltaciones guerreras del pueblo del sol—, en general la afinidad en los temas guarda relación con

⁹ *Ibidem*, f. 12v.

la procedencia de quienes se expresaron a través de la poesía. Por ello hemos optado por distribuir a los trece poetas, objeto de nuestro estudio, en función de sus respectivas patrias: Tezcoco, México-Tenochtitlan, Tlaxcala y Chalco, como ejemplo este último de un señorío relativamente secundario.

Conveniente hubiera sido tal vez analizar en esta ya larga introducción otros aspectos relacionados con el ambiente, el pensamiento, los recursos estilísticos, las inclinaciones y tendencias de estos trece poetas de los tiempos aztecas.¹⁰ Sin embargo, como estos temas volverán a aparecer al tratar de la vida y obra de cada uno, preferimos no extendernos aquí más. Al presentar a este primer grupo de forjadores de cantos, testimonio de un arte y un pensamiento con raíces milenarias, repetimos que son ellos tan sólo una muestra. El campo queda abierto a mejores formas de investigación. Lo merecen ciertamente los maestros de la palabra, prenuncio indígena de la serie sin fin de nuestros vates. La voluta florida del canto, símbolo potencialmente universal de la poesía, adquirirá así cabal sentido, religada para siempre con los rostros definidos de quienes la pensaron y supieron expresarla.

¹⁰ Por lo que toca a la métrica y estilística nahuas que, hasta donde hemos podido ver, se conservan muy semejantes en las distintas composiciones de nuestros trece poetas, véase lo que dice Ángel M. Garibay en *Historia de la literatura náhuatl...*, v. 1, p. 60-73; así como de quien esto escribe *Literaturas precolombinas de México*, México, Pormaca, 1964, p. 82-85.